



REPENSAR LO RURAL ANTE LA GLOBALIZACIÓN: LA SOCIEDAD CIVIL MIGRANTE*

JONATHAN FOX**

RESUMEN. Uno de cada ocho adultos mexicanos radica en Estado Unidos. El componente rural-rural de este proceso migratorio explica una creciente ruralización de la población mexicana en Estados Unidos. Se podría suponer que los migrantes han optado por la *salida* y no por la *voz*; sin embargo, muchos están ejerciendo su voz desde lo que se puede llamar sociedad civil migrante a través de *i*) organizaciones sociales de base; *ii*) organizaciones civiles dirigidas o influidas por migrantes; *iii*) medios de comunicación dirigidos o influidos por migrantes, y *iv*) espacios públicos autónomos.

PALABRAS CLAVE. Sociedad civil migrante, binacionalidad cívica, organizaciones de migrantes, migración y desarrollo, Frente Indígena de Organizaciones Binacionales.

ABSTRACT. One of each eight adult Mexicans resides in the United States. The rural-rural component of this migratory process explains a growing ruralization of the Mexican population in the United States. It could be surmised that the migrants have opted to *exit* rather than use their *voice*; nevertheless many of them are exercising their voice from what might be termed the 'migrant civil society' *via* (i) community-based social organizations; (ii) civil organizations controlled or influenced by migrants; (iii) means of communication controlled or influenced by migrants; and (iv) autonomous public spaces.

KEYWORDS. Migrant civil society, civic binationality, migrant organizations, migration and development, Indigenous Front of Binational Organizations.

* Una versión previa de este trabajo fue presentada como conferencia magistral en el V Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales A.C., celebrado Oaxaca, Oaxaca, en mayo de 2005.

** Departamento de Estudios Latinoamericanos y Latinos, Universidad de California, Santa Cruz. Correo electrónico: jafox@ucsc.edu.



INTRODUCCIÓN

En un foro académico celebrado en 1991, en Harvard, el entonces subsecretario mexicano de agricultura, Luis Téllez, adelantó un pronóstico acerca del futuro del campo en México. Téllez estimaba que gracias a las reformas del gobierno de Carlos Salinas de Gortari —el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), las modificaciones al artículo 27 constitucional y el retiro de subsidios a la producción—, en el término de una década, el porcentaje de la población rural descendería de 26 a 16% (Fox, 1996a).

Según la lógica de los economistas neoliberales, el éxodo masivo de población rural, a pesar de su enorme costo social, no representaba un problema. Para ellos era, más bien, una solución. Suponían que el problema radicaba en que el agro producía sólo 7 u 8% del producto nacional bruto (PIB), pero retenía 26% de la población y, según su particular visión del mundo, estas dos cifras deberían ser semejantes. Si esta premisa se aceptara, resultaría entonces necesario reducir la población rural en un plazo relativamente corto en términos históricos, tal como lo intentó el gobierno. Nada tiene de particular reconocer que la simple cercanía de un enorme mercado laboral, al otro lado de la frontera, hacía que este escenario fuese políticamente factible.

Sin embargo, según las cifras oficiales, para 2000, el 25% de la población mexicana seguía viviendo en localidades con menos de 2,500 habitantes, a pesar de que las migraciones del campo crecieron mucho en la última década. Según cálculos recientes de Pew Hispanic Center, la migración mexicana a Estados Unidos, ahora, alcanza hasta 500 mil personas al año, lo cual implica que la migración anual se ha duplicado en diez años de operación del TLCAN (Passell, 2005). Aunque las cifras del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI) son menores: 400 mil personas al año, pero la tendencia va en el mismo sentido (González Amador, 2005). Claro que estas cifras incluyen, también, a los mexicanos urbanos que se van.

En cierto sentido, el porcentaje censal de 2000, que reporta a un cuarto de la población mexicana como rural, puede ser engañoso —esto sin mencionar la argucia oficial de considerar, como rural, sólo a las localidades menores de 2,500 habitantes—. Por un lado, ese 25% podría haber cambiado mucho desde 2000. Por el otro, el porcentaje de la población económicamente activa (PEA) en el agro pasa de 24%, en 1991, a sólo 15% en el primer trimestre de 2005, según las cifras de la Encuesta Nacional de Empleo. Hay una brecha creciente entre el tamaño de la población que vive en el campo mexicano y la población que vive del campo mexicano.

Nos referimos a la persistente migración del campo a las ciudades mexicanas, así como a la migración rural-rural dentro de México, además de la migración internacional, la cual también tiene sus respectivos destinos urbanos y rurales.

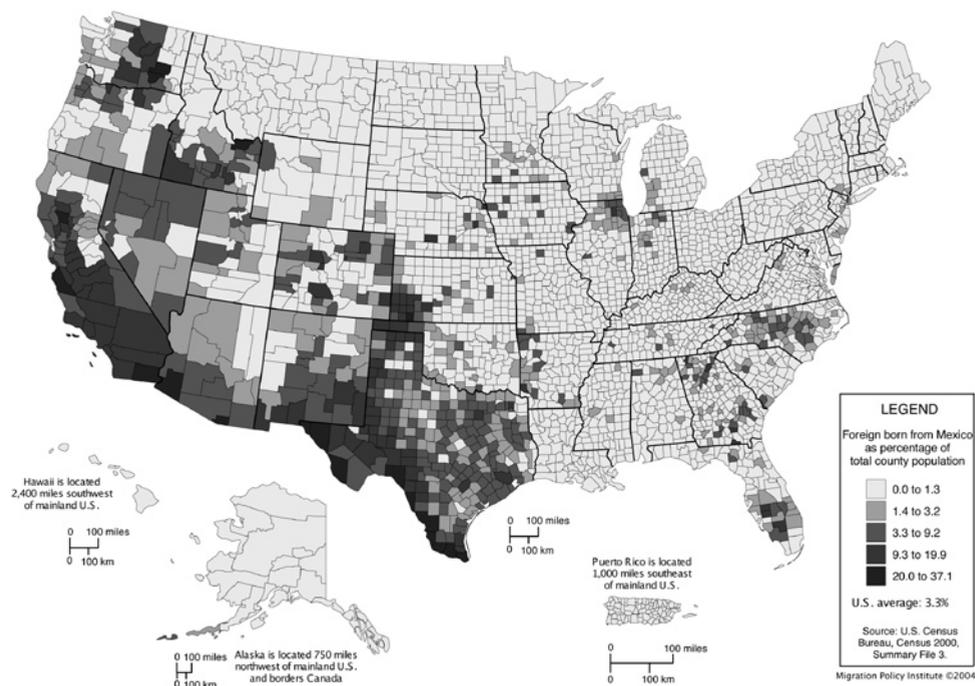
En este contexto, para repensar lo rural es pertinente analizar las diferentes



vertientes de la migración. Por cierto, la frontera no es el único criterio para estudiar las migraciones. Al respecto, surge la siguiente pregunta: ¿qué tanto es, la migración transfronteriza, una migración masiva rural-rural, o qué tanto es una extensión internacional de los procesos de migración rural-urbana que han dominado la mayor parte del último siglo mexicano? Veamos algunas cifras generales:

- La población residente en Estados Unidos, pero nacida en México, se duplicó entre 1990 y 2000. Para 2004 alcanzó la cifra de 10.6 millones.
- En los últimos años, entre 80 y 85% de la migración mexicana a Estados Unidos ha sido indocumentada; en tanto que los mexicanos representan 57% de la población indocumentada.¹

Los datos sobre los padrones de asentamiento de mexicanos en Estados Unidos denotan dos tendencias, aparentemente contradictorias, de concentración y dispersión. Por un lado, la gran mayoría de migrantes se asienta en unos cuantos estados, mientras que una proporción creciente se dispersa en nuevos destinos (Zúñiga y Hernández-León, 2005). En el mapa uno se aprecian los condados estadounidenses receptores de migrantes mexicanos; cabe advertir que la gran mayoría de estos condados son rurales.



¹ Para cifras confiables, véase los estudios del Pew Hispanic Center en www.pewhispanic.org.



No es fácil conocer el grado de urbanización de los migrantes mexicanos. Al respecto suele usarse la categoría de latinos o hispanos que, además de incluir a los mexicanos, considera a muchas otras nacionalidades. Un informe del Departamento Federal de Agricultura (USDA, por sus siglas en inglés) señala dos tendencias (Kandell y Cromartie, 2004). Por un lado, el 90% de la población latina vive en condados llamados «metropolitanos», lo cual da una apariencia de completa urbanidad. Pero esta aseveración es problemática debido a que, en el suroeste, hay varios condados considerados metropolitanos que abarcan grandes extensiones rurales, como la mayor parte de California y Arizona. El otro problema es que la población latina en general, dado que también incluye los que nacieron en Estado Unidos y una población con mayor escolaridad, tiende a ser más urbana que los migrantes mexicanos, sobre todo los nuevos.

A pesar de las limitaciones de sus categorías, el estudio de USDA reconoce una creciente «ruralización» de la población latina, además de una creciente latinización de la población rural. De hecho, aunque representan sólo 6% de la población de condados rurales, los latinos, principalmente los mexicanos, participaron con más de la cuarta parte de su crecimiento demográfico entre 1990 y 2000.

Fuera del suroeste, estas tendencias expresan cambios sociales dramáticos para las comunidades rurales que históricamente habían estado bien divididas, en torno a la relación blanco/negro, o que habían sido netamente blancas y anglófonas desde hace varias generaciones. En esas comunidades rurales, la nueva presencia mexicana plantea un choque cultural. Por ello, tal vez no sea una pura coincidencia que en una encuesta sobre la regularización de trabajadores indocumentados, los encuestados del medio rural manifestaron una posición más contraria que el resto (Harwood, 2005). Sin embargo, es difícil generalizar acerca de las dinámicas interétnicas e interraciales en las regiones de reciente asentamiento rural, dado que los migrantes llegan a regiones con historias sociales muy distintas, desde la relativa igualdad social y homogeneidad racial de los pueblos de los granjeros del medio oeste, hasta las sociedades de castas raciales del sur profundo y las jerarquías interétnicas del California rural. De hecho, uno de los conceptos más importantes, para entender las relaciones sociales y los procesos de inserción y exclusión de los migrantes, viene del campo de los estudios étnicos estadounidenses: se trata del concepto *racialización*, como la asignación de categorías raciales a grupos o prácticas.

Al mismo tiempo que estas historias raciales regionales pesan mucho, el gobierno federal reconoce lo mexicano en términos de una categoría étnica y no racial. En los censos federales, los latinos también tienen la opción de identificarse como blanco, negro, asiático, indígena, multirracial —una nueva categoría— u «otro». Según algunos estudios acerca de quienes se identificaron, en términos étnicos, como latinos en el censo de 2000, la mitad rechazó este menú de opciones y se identificó en términos raciales como «otro», lo cual convierte, de facto, al «otro» en una categoría latina (Tafoya, 2003).



En cambio, una buena parte de los migrantes mexicanos indígenas aprovecharon los conceptos de etnia y raza, en el censo, para identificarse como latinos en términos étnicos y, luego, como indígenas en términos raciales. A pesar del subregistro sistemático de los migrantes indígenas, en 2000 más de 400 mil personas se identificaron como «hispanos indioamericanos», es decir, como migrantes latinoamericanos indígenas en Estados Unidos (Huízar y Cerda, 2004). Principalmente son mexicanos, pero también incluyen mayas guatemaltecos, entre otros. Sin tomar en cuenta el subregistro censal, esta cifra implica que el porcentaje indígena, dentro de la población mexicana migrante, alcanza 4 ó 5% y representa, aproximadamente, 20% de los trabajadores agrícolas en California.

Es cierto que la mayoría de los migrantes van a las ciudades, para trabajar en los servicios y en la industria. De hecho, en el área metropolitana de Chicago, que incluye muchos pueblos industriales pequeños, 75% de los obreros del sector manufacturero ahora son mexicanos. Pero aun así, no queda claro cuán urbana es la migración mexicana.

Según datos del Departamento del Trabajo, de 2001, 75% de los obreros agrícolas en Estados Unidos nacieron en México, en contraste con 65% para 1994 (Department of Labor, 2005). De acuerdo a Kissam, se puede estimar que hay alrededor de 1.9 millones de obreros agrícolas —junto con sus familiares— de origen mexicano, es decir, aproximadamente 20% de la población mexicana que radica en Estados Unidos (Kissam, *Entrevista*, mayo de 2005). Si se incluye la población rural mexicana, la cifra estimada por Kissam sería de 4.7 millones —44% del total—, que es mayor a lo que podría suponerse inicialmente. De hecho, la gran brecha entre población agrícola y población rural se explica por la amplia presencia de las industrias rurales que, ahora, emplean mano de obra mexicana, incluyendo sectores muy conocidos como el procesamiento de carnes, textiles, muebles, silvicultura, turismo y otras más. Falta confirmar estas cifras con estudios más precisos, pero lo más novedoso, en este ejercicio, es que la migración mexicana a Estados Unidos no es solamente una extensión transfronteriza de la fuerte tendencia centenaria de la migración a las ciudades, sino que, asimismo, tiene una dimensión fuerte de migración rural-rural.

En el contexto de estos grandes procesos demográficos, cabe preguntar: ¿cuáles son las implicaciones de estas dinámicas en los diferentes marcos conceptuales? Es muy común que se describan los movimientos migratorios como «flujos» y que se piense en términos de las grandes fuerzas económicas que empujan y atraen dichos flujos. En ese sentido, es interesante cómo, en Estados Unidos, los críticos de los migrantes refieren la idea de flujos cuando hablan de una «marea morena». También se emplea el término clásico de «ola» migratoria. No tan lejos está el concepto de «inundación». No se requiere efectuar un análisis del discurso muy sofisticado para notar que estos tres términos comparten algo: aluden a líquidos, cuyos flujos son difíciles de parar, a veces se concentran y otras se dispersan, que siempre encuentran sus nichos por efectos capilares, casi por



fuerzas mayores, como la gravedad. Pero este discurso esconde mucho. Primero, la migración no es sólo un fenómeno estructural, sino que también responde a políticas públicas determinadas y, segundo, falta un reconocimiento del papel de la agencia de los migrantes, es decir, la capacidad de elegir, de actuar conscientemente y, a veces, la capacidad de actuar en forma colectiva.

En este contexto, resulta pertinente la formulación clásica del economista heterodoxo Hirschman (1970) según la cual hay tres opciones de expresión ante el deterioro del entorno: salida, voz y lealtad. La voz es el camino de la protesta o la democracia que, entre otras, se puede ejercer tomando la opción de salir, de votar con los pies. Si el ejercicio de la voz es demasiado costoso, o si rinde poco, entonces la opción de la salida se vuelve más atractiva. La lealtad entra, asimismo, como una variable que podría fomentar el uso de la voz, o desincentivar la opción de la salida. Estas herramientas analíticas ofrecen algunas pistas que nos alejan de los marcos economicistas, que ven a los trabajadores como una mercancía que, simplemente, «fluye» de las zonas excedentarias a las demandantes.

Hirschman cita un estudio publicado en 1963, en la *Revista de Historia Económica*, sobre la migración internacional italiana de la primera década del siglo xx. Su autor, MacDonald, se pregunta por qué los niveles de migración variaron tanto, aun entre regiones con grados similares de pobreza. Aquella era una época de relativa libertad de asociación. MacDonald encontró, básicamente, que en regiones como el centro y Apulia, que tenían movimientos obreros fuertes y movilizados, había poca migración, a diferencia del sur de Italia, donde había poca acción colectiva pero una salida masiva. Sería útil un estudio de México que comparara, a nivel regional, grados y formas de organización social con sus niveles de migración.

En todo caso, la relación parece que no sería tan clara como ocurrió en Italia, pero tal vez se podría encontrar una relación entre voz y salida en el campo mexicano durante los noventa, tomando como referente las elecciones federales de 1994. Las políticas públicas asociadas al alto crecimiento de la migración internacional, en la última década, datan del sexenio salinista y, en este sentido, si las elecciones de 1994 hubieran sido plenamente democráticas, podrían haber servido —en especial para los votantes rurales— como una especie de referéndum sobre esas políticas públicas.

Gracias al monitoreo efectuado por Alianza Cívica en las elecciones de 1994, sabemos que, al menos en la mitad de las casillas rurales, no se garantizó el voto secreto, al tiempo que se atestiguó la coacción en 35% de las casillas rurales. Estos datos provienen de casillas donde hubo observadores independientes, una minoría del total, de modo que el impacto de las prácticas electorales antidemocráticas, en el campo, probablemente fue mayor de lo que indican los datos recabados por Alianza Cívica. Pero aún así, hay suficiente evidencia para concluir que, en 1994, al menos una buena parte del electorado rural no pudo escoger democráticamente entre las distintas opciones electorales. En términos de Hirschman, no tenían con-



diciones para expresar su voz libremente. Dado que la migración aumentó tanto en la década de los noventa, tal vez se podría decir que, como en Italia hace un siglo, sí hubo una relación entre el espacio para la voz y la decisión de optar por la salida.

Claro que, en la década de los noventa, algunos sí expresaron su voz desde el campo, sobre todo el movimiento indígena, que llegó a plantear la lucha por sus derechos en la agenda nacional. Pero en esa década, los procesos migratorios se extendieron en casi todas las regiones indígenas. Entonces, encontramos que los procesos de voz y salida se están dando al mismo tiempo. Se oye mucho más la voz indígena que hace 15 años, pero vemos también mucho más salida indígena.

Siguiendo el esquema de Hirschman, la idea de la lealtad, como un factor que influye en la decisión de optar entre la acción colectiva en las comunidades de origen *versus* una salida netamente familiar o individual, nos remite a un término de uso común: «abandono». Se suele decir que un migrante «abandona» su comunidad, aunque muchos la llevan consigo y la recrean allende las fronteras. Pero claro, otros sí la abandonan, incluso ya no regresan. Cuando un militante migra, la organización sufre una baja. Después de que una organización ha invertido en capacitar, por ejemplo, un técnico comunitario especializado en promover o certificar el café orgánico, su salida sí representa una pérdida (Mutersbaugh, 2002).

En términos generales, podemos suponer que quizá la salida debilita la voz, pero también que la salida refleja la debilidad previa de la voz. Muchos migrantes salen de regiones donde la sociedad civil rural ya era débil desde hace tiempo, así que no fue, precisamente, la migración la que causó esa debilidad. Además, aun en regiones donde había acción colectiva, ésta no ha logrado ofrecer opciones viables, sobre todo para los jóvenes. Pero si se amplía el enfoque para tomar en cuenta el ámbito binacional, se abre una perspectiva diferente para entender dónde entra la lealtad, como un factor que interviene entre salida y voz.

Tomar en cuenta lo binacional implica ampliar el marco geográfico y temporal para ver cómo algunos migrantes se organizan, a pesar de los enormes obstáculos que enfrenta cualquier iniciativa suya de acción colectiva. Hay que reconocer que, para muchos, la migración en sí tiene una dimensión colectiva, en el sentido de que sólo se hace posible gracias a redes extendidas de capital social, donde pesan mucho la lealtad y la confianza. Asimismo, cuando los migrantes mandan una fracción significativa de sus bajos salarios a sus familiares, como remesas, están expresando lealtad; no todos lo hacen, pero parece que una mayoría sí. Aquí estamos hablando de voz, de acción colectiva, de incidencia en la esfera pública. Cuando los migrantes se juntan en sus clubes de oriundos, con objeto de enviar remesas colectivas para proyectos comunitarios, están expresando ya no solamente lealtad sino también, muchas veces, voz, como ocurre en los debates sobre qué hacer con sus aportaciones: obras de agua potable, construcción de plazas públicas, acondicionamiento de caminos, remodelación de iglesias. En este escenario, resulta que la salida permite la voz, y que la voz se expresa por la lealtad.

Este punto nos lleva al eje central de este artículo: qué pasa cuando junta-



mos estas tres palabras: sociedad civil migrante. Pero deberíamos preguntar, ¿dónde entran las comunidades transnacionales? Este concepto se refiere a muchas iniciativas informales que no necesariamente tienen que ver con la esfera pública, así que las comunidades transnacionales son necesarias pero no suficientes para hablar de una sociedad civil migrante. En otras palabras, debido a que sólo algunos migrantes participan en comunidades transnacionales, sólo algunas comunidades transnacionales llegan a ser los pilares de una sociedad civil migrante.

LA CONFORMACIÓN DE LA SOCIEDAD CIVIL MIGRANTE

¿Qué se entiende por sociedad civil migrante? No tiene por que ser un término abstracto, ni limitarse a las Organizaciones no Gubernamentales (ONG). En este caso, nos referimos a las organizaciones representativas de base. Más específicamente, a cuatro ámbitos de acción colectiva: 1) organizaciones de base cuyos miembros y dirigentes son migrantes; 2) medios de comunicación de y para migrantes; 3) ONG conducidos por migrantes, y 4) espacios públicos autónomos de migrantes.

Organizaciones migrantes de base

Las organizaciones con membresía de base van desde los clubes de oriundos y las asociaciones de migrantes, hasta organizaciones obreras y comunitarias, incluso organizaciones religiosas. Los migrantes han formado entre 600 y 2,000 clubes o asociaciones en torno a sus comunidades de origen, no sólo para realizar actividades sociales sino, asimismo, para contribuir al mejoramiento de su comunidad. Cada asociación tiene su núcleo duro, en forma de mesa directiva, compuesto generalmente por unas 10 o 20 personas; algunas disponen de una membresía amplia y de una capacidad para convocar cientos de familias. Su distribución geográfica, en Estados Unidos, está muy desproporcionada. Hay grandes concentraciones en Chicago y Los Ángeles, así como una presencia menor en, por ejemplo, Texas y en las regiones de asentamiento más reciente, como Carolina del Norte, Nueva York o Florida. Por el lado mexicano, su distribución también resulta muy desigual, destacan los famosos clubes zacatecanos, pues representan la cuarta parte de todos los clubes. Moctezuma (2005) dice, en sus análisis de lo que llama *migrante colectivo*, que los clubes zacatecanos datan de 1962, cuando se fundó, en Los Ángeles, el Club Social Guadalupe Victoria, del municipio de Jalpa, Zacatecas.

Muchos de los participantes tienen varios años radicando en Estados Unidos y, en ese caso, su liderazgo suele estar más asentado, entre ellos se cuentan pequeños empresarios, profesionistas y ciudadanos en general. Hubo un *boom* en la formación de asociaciones en los últimos 15 años, muchas de las cuales están



aglutinadas en federaciones estatales. Este auge se debe, principalmente, a una confluencia de factores. Por el lado de Estados Unidos, la regularización masiva de indocumentados debido a la Ley de Reforma y Control de Inmigración (IRCA, por sus siglas en inglés), de 1986, facilitó la movilidad social y el desplazamiento transfronterizo de millones de migrantes. Por el lado de México, muchos consulados hicieron una labor muy eficaz para convocar a sus paisanos, sobre todo con el Programa Tres por Uno y la matrícula consular. Si bien, muchos clubes se formaron desde abajo, numerosas federaciones se constituyeron mediante la interlocución con diferentes instancias del Estado mexicano.²

Empero, los clubes son sólo una de las vertientes de la sociedad civil migrante, en la que también están las organizaciones obreras, religiosas e indígenas. Por ejemplo, en California destaca Líderes Campesinas, una organización de base de defensa de los derechos de las mujeres jornaleras, principalmente migrantes. Ellas ocupan los espacios públicos de los pequeños pueblos rurales, o mejor dicho, ellas crean nuevos espacios públicos. Toman las calles para romper la frontera entre lo público y lo privado, por ejemplo, en su lucha contra la violencia intrafamiliar. Más adelante retornaremos al punto sobre la diversidad de las organizaciones de base, pero primero pasemos al segundo ámbito de la sociedad civil migrante.

Los medios de comunicación de los migrantes

Existe una gran variedad de periódicos, muchos de circulación local, además de otros binacionales, como *El Oaxaqueño*, con un tiraje de más de 30,000 ejemplares y circulación en los dos países. Asimismo hay muchos programas de radio, videos independientes y foros de discusión de migrantes en Internet, como Juxtluhuaca.com. En radiodifusión es importante señalar la red Radio Bilingüe, que transmite a través de unas 50 emisoras de Estados Unidos y que tiene relación con otras 20 emisoras mexicanas, amén que sirve como casi el exclusivo medio de comunicación para muchos migrantes rurales. Desde hace tiempo, esa red transmite el único programa en mixteco en California y, desde marzo, el programa «La hora mixteca» se transmite en los dos países.

Además de los medios de comunicación sin fines de lucro, existe el mundo enorme de los medios de comunicación hispanohablantes comerciales, que también juegan un papel muy importante en el ámbito cívico, especialmente en materia informativa y, en ciertas coyunturas políticas, contribuye a la movilización, como en el caso del diario *La Opinión*, con el empadronamiento y el derecho al voto para los latinos.

² Para un análisis de los clubes véase Lanly y Valenzuela (2004).



ONG migrantes

Hay muchas ONG en Estados Unidos que trabajan con y para los migrantes, pero, para ser consideradas parte de la sociedad civil migrante, nos referimos solamente a ONG conducidas por migrantes. En ese sentido es conveniente distinguir entre organizaciones de membresía y ONG, aunque, en algunos casos, organizaciones de base han lanzado sus propias ONG. El Frente Indígena de Organizaciones Binacionales (FIOB)³ creó sus propias ONG, tanto en California como en Oaxaca, para colaborar con sus comunidades organizadas. Esta categoría también podría incluir a los migrantes que, como individuos, han logrado posiciones de influencia dentro de ONG de Estados Unidos, incluyendo las fundaciones. Claro que ellos están en posiciones estratégicas para canalizar apoyos a organizaciones de base. También algunas ONG migrantes, como individuos y organizaciones, se han juntado con organizaciones de base en campañas de acción frente al gobierno mexicano, como en el caso notable de la campaña cívica a favor del derecho al voto ciudadano en el extranjero.

Espacios públicos autónomos de los migrantes

Las grandes concentraciones donde los migrantes pueden convivir, interactuar y expresarse con relativa libertad y autonomía constituyen sus espacios públicos. En tal caso, la cultura, la música, el deporte y la religión son claves. En California, por ejemplo, los migrantes oaxaqueños llevan casi veinte años organizando sus propias festividades de la Guelaguetza, estas acciones han cristalizado en un espacio sociocultural llamado *Oaxacalifornia*. De hecho, la sociedad civil migrante, de manera específica oaxaqueña e indígena, ahora es lo suficientemente grande y densa para sostener cuatro guelaguetzas distintas cada año, a lo largo de todo el estado; cada una implica que cientos de voluntarios trabajan para que cientos de personas, incluso miles, puedan disfrutar de la convivencia. Algunas de estas festividades se realizan en auditorios de las escuelas preparatorias, otras en parques públicos y varias en universidades públicas. La más grande se lleva a cabo en el enorme estadio donde, hasta hace poco, jugaba el equipo de basquetbol los *Lakers* de Los Ángeles. En cada caso, las formas de organización de cada Guelaguetza muestran una radiografía de las redes de alianza y de los estilos de organización de cada vertiente de la sociedad civil oaxaqueña migrante: conviven con organizaciones latinas, con políticos locales, con el gobierno del estado de Oaxaca.

³ El FIOB es una organización cívica, social y política que, originalmente, se denominaba Frente Indígena Oaxaqueño Binacional, pero cambió a Frente Indígena de Organizaciones Binacionales, conservando sus siglas.



LA SOCIEDAD CIVIL MIGRANTE EN
ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO

¿Cómo deberíamos conceptualizar las relaciones entre estos cuatro ámbitos de la sociedad civil migrante y la sociedad civil de Estados Unidos: representa la sociedad civil migrante la extensión estadounidense de la sociedad civil mexicana?, o más bien, ¿representa la extensión mexicana de la sociedad civil de Estados Unidos? Ambos conceptos son relevantes, pero para diferentes vertientes de la sociedad civil migrante.

Entre las asociaciones de migrantes, los clubes de oriundos serían el ejemplo más claro de una extensión de la sociedad civil mexicana que radica en, pero no es de, Estados Unidos. Este ámbito es netamente mexicano, no sólo en términos de su membresía y objetivos, sino también de su estilo y cultura organizacional, su referente simbólico y su interlocución. En cambio, ejemplos de la extensión mexicana de la sociedad civil estadounidense incluyen los sindicatos locales, que ahora son de mayoría migrante, de forma frecuente mexicana o en combinación con centroamericana.

Para los migrantes colectivos, el proceso de salir a la luz pública constituye un paso importante en el proceso de forjar una sociedad civil. Para ilustrar los posibles caminos hacia lo público, nos podemos remitir a dos campañas migrantes interesantes y, a la vez, muy diferentes. En 2003, migrantes organizados se juntaron con una coalición de sindicatos en una caravana de camiones que salió de California y terminó en Nueva York, bajo el lema «Caravana por la libertad de los trabajadores inmigrantes». En Estados Unidos, los sindicatos, con todas sus limitaciones, siguen representando la corriente más multirracial de la sociedad civil estadounidense. La caravana reflejó no sólo el viraje del movimiento sindical hacia una posición pro-migrante, sino también el peso creciente de los dirigentes latinos dentro del liderazgo sindical.

La frase «Caravana por la libertad» viene de la inglesa *Freedom Rides*, que es una referencia histórica a los contingentes de apoyo que, a principios de los años sesenta, fueron de norte a sur en el movimiento por los derechos civiles de los afrodescendientes. Los migrantes de diversas nacionalidades adoptaron este marco discursivo, cuya resonancia está presente aún en el imaginario nacional. Los migrantes oaxaqueños organizados estuvieron representados en la gira. En varias regiones de asentamiento reciente, la caravana permitió que los migrantes aparecieran, por primera vez, como actores en público. Sin embargo, las viejas costumbres no mueren fácilmente, y algunos participantes mexicanos se frustraron debido a lo que calificaron como «manía de control» de los sindicalistas: su estilo impositivo, su falta de dominio del español y su veto al despliegue de la bandera mexicana en favor de la bandera estadounidense. Este desfase intercultural provocó, incluso, una breve «rebelión» en uno de los camiones contra los cuadros sindicales (Fox,



2004). Dicho incidente pasó casi inadvertido, pero resulta emblemático de la falta de vínculos interculturales, aún dentro de los sectores progresistas.

En otro ámbito, existen algunas organizaciones de migrantes que construyen y despliegan sus propias identidades nacionales, como base principal para movilizarse, públicamente, en la reivindicación de sus derechos como migrantes. Ya se mencionó que las organizaciones de base no se limitan a los clubes. También incluyen a grupos que comparten su religión, cuyo ejemplo más notable es la Asociación Tepeyac en Nueva York. Poco después de la caravana por la libertad, Tepeyac lanzó su propia acción colectiva viajera en defensa de los derechos de los migrantes, la Segunda Antorcha Guadalupana. Esta carrera recorrió diversas regiones mexicanas hasta arribar a la Catedral de San Patricio en Nueva York, precisamente el 12 de diciembre. Los participantes se autodenominaban «mensajeros por la dignidad de un pueblo dividido por la frontera». Esta estrategia simbólica encontró mucha resonancia, no obstante que los mexicanos en Nueva York también se organizan en clubes de oriundos y en organizaciones obreras.

Lo que distingue a Tepeyac es su énfasis en forjar una identidad colectiva entre los indocumentados, en el contexto de campañas para regularizar su estatus migratorio. Fundado por jesuitas, el principal socio institucional de Tepeyac es la iglesia católica de Nueva York, cuyas autoridades tomaron la iniciativa de invitar a sus contrapartes en México para formalizar la organización. Tepeyac organiza su base social en torno a comités guadalupanos en 40 colonias, a diferencia de los clubes de oriundos, cuyo referente geográfico común está en México y no tanto donde los migrantes residen ahora.

Tanto la caravana por la libertad como la antorcha guadalupana llevaron migrantes organizados a los espacios públicos; ambos cruzaron vastos territorios en el camino, ambos se organizaron desde abajo, pero con aliados institucionales estadounidenses, los sindicatos y la iglesia. Sin embargo, las dos campañas siguieron estrategias muy distintas para ampliar sus bases, crear alianzas y tener presencia en los medios. La caravana sindical enmarcó, a los migrantes, como los actores más recientes en la larga historia nacional de lucha contra la exclusión social en Estados Unidos, al tiempo que construyó una identidad multirracial y multinacional como trabajadores inmigrantes. En cambio, la campaña que lanzó Tepeyac regresó a México para construir una identidad colectiva como mexicanos, al luchar por la dignidad y la regularización de su estatus migratorio. Cada estrategia tenía sus respectivas fortalezas y limitaciones.

La sociedad civil migrante tiene dos componentes principales. El primero, y más claro, está constituido por las organizaciones de base de los mismos migrantes. El segundo se halla delimitado con menor claridad porque sus fronteras no son tan precisas, pero consiste en organizaciones de la sociedad civil de Estados Unidos que, efectivamente, han sido transformadas por la participación y el liderazgo de los migrantes. Este proceso capta muchas parroquias católicas y congregaciones protestantes. También hay varias campañas para promover la



participación de padres de familias en asociaciones escolares. La ciudad de Chicago tiene consejos de participación social que inciden mucho en la gestión escolar, consejos que tienen cargos de elección popular donde, para votar, no es necesario poseer la ciudadanía. Según el consulado mexicano en Chicago, hay 170 consejos escolares que son predominantemente mexicanos.

Ya fueron mencionados los sindicatos que ahora son de mayoría mexicana, y también están los que se llaman «sindicatos comunitarios». Por sindicato comunitario se entiende una amplia gama de iniciativas organizacionales obreras de base, las cuales están intentando cubrir la brecha entre los sindicatos tradicionales y los trabajadores migrantes. Estos sindicatos trabajan en la comunidad y no sólo en el lugar de trabajo. Un estudio reciente encontró 137 sindicatos comunitarios en el país, de los cuales 122 trabajan de cerca con los migrantes. De 40 sindicatos estudiados a profundidad, 17 poseen una gran base mexicana y 13 son predominantemente mexicanos. Muchos combinan mexicanos y centroamericanos, sobre todo porque los centroamericanos llegaron en los ochenta, con mucha experiencia en el activismo. Los salvadoreños forjaron sus organizaciones progresistas, tanto de base como ONG, además de amplias alianzas con la sociedad civil estadounidense, desde la lucha emprendida por Ronald Reagan contra la guerrilla.

Entonces, podemos preguntarnos: ¿representan estos sindicatos experiencias de integración de los migrantes con organizaciones estadounidenses o, más bien, son ejemplos de la sociedad civil migrante? En general, reflejan los dos procesos al mismo tiempo, aunque el carácter específico de cada organización varía según sus bases y dirección. Sería común, entonces, encontrar organizaciones de base fundadas por estadounidenses, hace 10 ó 20 años, cuyo liderazgo actual lo ejerzan migrantes. El primer acercamiento al tema de la sociedad civil migrante nos llevó a pensar si ciertas organizaciones son, principalmente, «instituciones estadounidenses» transformadas por la participación, o si son extensiones transfronterizas de la sociedad civil de la nación de origen; en un segundo acercamiento podríamos pensar en la participación de los migrantes como individuos. En este sentido, las mismas personas suelen participar en ambos ámbitos de la sociedad civil migrante, pero por separado.

Un ejemplo lo constituye Pineros y Campesinos Unidos del Noroeste, a la sazón, la principal organización de trabajadores del campo en el estado de Oregon. Este sindicato comunitario pertenece a una generación muy interesante de organizaciones de clase, de trabajadores agrícolas netamente rurales, que aglutinan, cada una, a miles de miembros y que han seguido el camino trazado originalmente por el sindicato UFW de California.

Esta nueva generación de organizaciones obreras del campo ha sido más pujante y, amén de crecer, ha conquistado algunos triunfos, como ocurrió en el caso del FLOC y los obreros del pepino en Carolina del Norte y Ohio. Otro caso muy notable es la organización multiétnica de Florida, la Coalición de Obreros de Immokolee, que logró colocarse, en el panorama nacional, a través de campa-



ñas que combinaron acción directa y estrategias judiciales al punto que lograron encarcelar a contratistas, usando las leyes que prohíben el trabajo forzoso y la esclavitud. Más recientemente ganó, con mucho apoyo estudiantil, una campaña nacional contra Taco Bell, empresa que compra los jitomates que los trabajadores pizcan, mediante la Caravana por la Verdad contra Taco Bell, cuando 80 obreros recorrieron 15 ciudades en camión. Ahora están planeando lanzarse contra MacDonalds. Estos jornaleros organizados son 50% mexicanos, 30% guatemaltecos —muchos de ellos mayas—, 10% haitianos, mientras el restante 10% es variado e incluye a afroestadounidenses. A pesar de ser de los más oprimidos entre los oprimidos, los obreros de Immokolee tienen su propia emisora, venden café por Internet bajo la modalidad de comercio justo, reciben premios pro derechos humanos y tienen mucha presencia en los medios nacionales.

PCUN de Oregon combina México–estadounidenses, anglos e inmigrantes mexicanos mestizos —muchos de ellos de Michoacán— y mixtecos —provenientes de Oaxaca—. Su principal lucha se centra en defenderse como migrantes y como obreros, es decir, se trata de una lucha afincada netamente en Estados Unidos. PCUN es, claramente, una organización de la sociedad civil de Estados Unidos, aunque transformada por la participación migrante. Sin embargo, al mismo tiempo, algunos de sus miembros mixtecos también participan en sus clubes de oriundos (Stephen, 2004). Proviene de pueblos que tienen una docena de comunidades filiales a lo largo de Estados Unidos, cada una con su asociación, así que los participantes expresan una doble militancia: en la extensión de la sociedad mexicana, por medio de las asociaciones de paisanos, y como un ámbito mexicano dentro la sociedad civil estadounidense.

Esta doble militancia es un buen ejemplo de lo que podríamos llamar la *binacionalidad cívica*, entendida como el proceso por el cual, al menos algunos migrantes, están luchando por ser miembros plenos de las dos sociedades nacionales. Sus iniciativas están cuestionando el supuesto, aún persistente, de que hay una relación de conflicto directo e inherente entre los enfoques «hacia afuera» y «hacia adentro». O como algunos dirían, «hacia adelante» y «hacia atrás».

En su mayoría, la binacionalidad cívica se expresa por medio de las personas que deciden emprender la doble militancia, pues son todavía pocas las organizaciones que inciden en ambos lados de la frontera México–Estados Unidos y que tienen una agenda netamente binacional. Claro que, en los casos de las organizaciones multinacionales de obreros y de defensa de los derechos civiles, un enfoque hacia las agendas de los países de origen difícilmente encontrará eco más allá de uno u otro grupo dentro de la organización. Además, hay que reconocer que muy pocas asociaciones de migrantes colaboran con contrapartes sociales o civiles en sus comunidades o estados de origen. Sus interlocutores suelen limitarse a autoridades municipales, estatales y federales, o a redes de parentesco. Esta falta de contrapartes civiles o sociales es una limitante y está asociada, a veces, con un desequilibrio de poder importante entre los paisanos en uno y otro lados.



Sin embargo, algunas organizaciones migrantes sí están optando por el camino que podríamos llamar «plenamente binacional», es decir, en defensa de los intereses de sus miembros en ambos países. El FIOB no es una federación de clubes de oriundos, aunque sus miembros comparten una identidad como paisanos. Su identidad de oaxaqueño migrante surge en respuesta al racismo profundo que tienen que enfrentar en el norte de México y en California. Ante los insultos recurrentes, como *oaxaquito* u *oaxaco*, el uso del vocablo *oaxaqueño* no es sólo una referencia a su estado de origen, sino también denota respeto e igualdad racial. Como Kearney y sus colegas lo han señalado, en el proceso migratorio, la identidad se construye como un concepto de orgullo multiétnico y panétnico. Además, a la hora de trabajar con los demás migrantes mexicanos organizados, la historia de 500 años sigue estando presente. El cambio de denominación del FIOB de Frente Indígena Oaxaqueño Binacional a Frente Indígena de Organizaciones Binacionales refleja las nuevas realidades de la organización en Baja California y California, donde participan cada vez más indígenas migrantes de otros estados, incluyendo mixtecos de Guerrero y purépechas de Michoacán (Cano, 2005). Más aún, en la nueva directiva binacional se hablan cinco idiomas mexicanos.

El FIOB es una organización plenamente binacional por dos motivos: 1) es casi la única organización de migrantes que incluye amplias bases organizadas en los dos países, y 2) sus reivindicaciones y campañas son binacionales también, al combinar trabajo de base para defender a las familias y las comunidades en la Mixteca, Baja California y California, con acciones a favor de los derechos de los indígenas así como de los migrantes ante los gobiernos estatales y nacionales de los dos países. En ese contexto, se puede plantear una pregunta conceptual: ¿representa el FIOB una corriente indígena de la sociedad civil migrante en Estados Unidos, y que si no fuera por ella quedaría sin representación? O bien, ¿representa el FIOB una corriente migrante dentro del movimiento indígena nacional, que si no fuera por ella quedaría sin representación? La respuesta a las dos preguntas es la misma en sentido afirmativo.

También diversas organizaciones de membresía migrante, la mayoría agrupadas en torno a sus países o regiones de origen, se han juntado para conformar una nueva coalición de alcance nacional. Recientemente nació en Chicago, derivado de un proceso de convergencia entre Enlaces América, la Red Nacional Salvadoreña–Americana y otras organizaciones, la Alianza Nacional de Comunidades Latinoamericanas y Caribeñas (NALACC, por sus siglas en inglés), que en poco tiempo ha aglutinado más de 80 organizaciones civiles y sociales de migrantes. Por un lado, están lanzando su propia campaña de acción a favor de la regularización bajo el lema «Familias unidas». Por otro lado, constituyen el eje de una lucha para que los mismos migrantes organizados tengan su voz dentro de la sociedad civil estadounidense, en un contexto en que, aun quienes defienden a los migrantes, los ven más o como víctimas o como clientes (en tanto solicitantes de servicios sociales y jurídicos). Esas agencias de defensa de los migrantes no



suelen concebirlos como actores sociales y civiles, quienes tienen derecho a tener un lugar en la mesa de decisiones en las campañas de acción.

DILEMAS ANALÍTICOS ACERCA DE LA CONFORMACIÓN
DE LA SOCIEDAD CIVIL MIGRANTE

Después de haber dibujado un panorama de las diferentes vertientes de la sociedad civil migrante, señalaremos algunos de los múltiples retos analíticos que de ello se derivan. Plantearemos cinco dilemas.

Primer dilema: ¿qué tan desigual es el terreno de la sociedad civil migrante?

Los mexicanos en Estados Unidos están mucho más organizados en algunas regiones que en otras, sobre todo en Los Ángeles y Chicago. También los migrantes procedentes de determinadas regiones de origen están más organizados que otros. Es cierto que la historia migratoria y la masa crítica poblacional son dos factores claves, pero no son suficientes para explicar las formas y los caminos de las organizaciones. Aunque los zacatecanos, jaliscienses, guanajuatenses y michoacanos tienen mucho emigrando, ¿por qué algunos se organizan mucho más que otros, al menos en torno a su estado de origen? Entre los organizados, ¿por qué algunos clubes y federaciones deciden incidir en lo cívico, social y hasta político, mientras que otros se quedan en la filantropía desde abajo? Además, ¿por qué hay tantas diferencias entre y dentro de diferentes grupos de migrantes indígenas? Por ejemplo, los purépechas tienen una trayectoria histórica de migración transfronteriza tan larga como los mixtecos y los zapotecos, pero los purépechas no aparecen en la sociedad civil migrante en Estados Unidos, al menos no como indígenas. No es por falta de politización étnica en sus comunidades de origen. Y entre los mixtecos, ¿por qué los de Oaxaca, radicados en California, reivindican públicamente su identidad étnica y sus derechos como indígenas, mientras los mixtecos de Puebla, avocados en Nueva York, no se presentan como indígenas?

Segundo dilema: ¿cómo entendemos mejor la relación entre las diversas identidades colectivas dentro de la sociedad civil migrante?

Por un lado vemos un proceso de conformación de una identidad compartida como trabajadores migrantes latinoamericanos. Sus organizaciones representan una nueva clase obrera migrante que es, a su vez, multinacional y multiétnica. Como obreros comparten bajos salarios y, como migrantes, problemas con pape-



les, idiomas, vivienda y acceso a servicios básicos. O sea, conllevan no sólo sus lugares en el mercado laboral, sino también una posición frente al Estado, en su expresión municipal, estatal y federal. Por eso existen bases para nuevas identidades colectivas como migrantes, más allá de los orígenes nacionales y locales compartidos, especialmente entre migrantes latinoamericanos. En cambio, si vemos las otras formas asociativas, los clubes de oriundos, claro que ellos privilegian sus orígenes compartidos, pero, además, deberíamos reconocer que no siempre comparten una identidad de clase. De hecho, muchos de los dirigentes son empresarios o profesionistas y no necesariamente ven a los sindicatos con simpatía. Asimismo, en el estudio reciente de los sindicatos comunitarios, encontraron en su membresía poco traslape con los clubes. En tal sentido, podemos decir que las asociaciones religiosas están en una categoría intermedia, no son tan multinacionales como las organizaciones obreras de migrantes, pero no están tan acotadas a lo translocal como los clubes de oriundos.

Tercer dilema: ¿cuáles son los impactos sociales, cívicos o políticos de las organizaciones de migrantes en las comunidades de origen?

No nos referimos aquí a la discusión sobre los impactos de la migración, sus costos sociales y sus impactos económicos. Recientemente, las remesas económicas han dominado la discusión, con debates abiertos sobre si los envíos ayudan o no a abatir la pobreza y si las inversiones productivas de las remesas colectivas son una esperanza o un espejismo.⁴ En nuestro caso, nos centramos específicamente en los impactos de las asociaciones de migrantes en las comunidades de origen, ahí tal vez se pueda usar el concepto de remesas cívicas y sociales. ¿Son estas organizaciones factores democráticos o democratizantes? Muchos suponen que sí; quizá podría ser, pero aún no hay suficientes evidencias para determinarlo. Ya es común que migrantes retornados jueguen un papel importante en la vida pública local en su calidad de individuos. Según datos de una encuesta patrocinada por la Coordinación General de Atención al Migrante Michoacano, 37% de los 113 presidentes municipales que estaban en funciones en el trienio 2002–2004, en Michoacán, habían sido migrantes (Bada, 2004). Este proceso es común en Oaxaca (Robles, 2004).

Pero el hecho de que algunos migrantes regresen, para ser autoridades, no contesta la pregunta sobre los impactos de las organizaciones de migrantes en las comunidades de origen. Por ejemplo, ¿qué tanto reproducen, las organizaciones migrantes, la cultura política que dominaba el siglo xx en México? Los optimistas suelen decir que la sociedad civil es cuna o portadora de una serie de valores y

⁴ Para una visión heterodoxa véase la Declaración de Cuernavaca (www.migracionydesarrollo.org).



prácticas democráticas; a veces es cierto, pero, recordando a Gramsci, la sociedad civil también abarca lo tradicional, lo hegemónico. Desde esta óptica, la sociedad civil migrante está atravesada por las jerarquías y desequilibrios entre clases, géneros, etnias y razas, como cualquier otra sociedad civil.

Además, deberíamos tomar en cuenta que no es por casualidad que muchas de las federaciones de clubes se formaron como respuesta a las convocatorias del gobierno mexicano, como respuesta a los incentivos del Programa Tres por Uno y sus antecesores. Algunos dirían que, si bien, muchos clubes se formaron desde abajo hacia arriba, hay que tomar en cuenta, a su vez, que muchas federaciones estatales se formaron desde arriba hacia abajo. Si interpretamos esta relación a través de la óptica de las relaciones entre Estado y sociedad en México, la estrategia del Estado para incorporar a los migrantes representa, por un lado, una respuesta a reclamos reales planteados desde abajo y, por otra parte, sirve de canal institucional para regular y encauzar su interlocución con las organizaciones sociales. Basta recordar a los Comités de Solidaridad, muchos formados al vapor, pero al mismo tiempo crearon organizaciones reales que decidieron adaptarse y poner un pie en la puerta. Pero ahora hay una diferencia notable: en el mundo migrante, los funcionarios de gobierno no tienen las mismas palancas para controlar o para inducir. Los migrantes son menos vulnerables al clientelismo. Además, están incidiendo en proyectos que tal vez beneficiarán a sus familiares o paisanos, pero no tanto a ellos directamente, al menos en el corto plazo. Las remesas colectivas son una especie de gravamen autoimpuesto. E históricamente, los que pagan impuestos están más dispuestos a reclamar su representación.

Para regresar a la metáfora de salida, voz y lealtad, las remesas colectivas son posibles gracias a la salida, pero existen gracias a la lealtad y tienden a conllevar voz. ¿Por qué? Porque si algunos migrantes van a esforzarse mucho para enviar remesas colectivas, van a vigilar el destino de aquellos fondos y su buen uso. Hay ejemplos conspicuos, como el de un obrero michoacano con papeles, representante de su asociación, que un viernes sube al avión en Chicago después de su jornada laboral, llega a su pueblo en la madrugada del sábado para tocar la puerta del presidente municipal. Despierta al funcionario para recorrer, videocámara en mano, los proyectos apoyados por su organización. El domingo vuela de regreso para presentarse el lunes temprano en su trabajo. Presenta el video en la siguiente reunión del club programada para el fin de semana próximo. Derivado de esta experiencia, surge la hipótesis —confirmada por varios estudios— de que los clubes son factores pro—rendición de cuentas ante las autoridades locales.

Pero aunque fuera cierto, ese factor pro—rendición de cuentas no necesariamente demuestra que los clubes son factores pro—democráticos. La rendición de cuentas se refiere a una relación de poder, de contrapesos, no necesariamente a la participación democrática. Por eso es difícil constatar que las organizaciones de base de migrantes son mucho más democráticas, internamente, que las que están en México, habría que investigar al respecto. Además, el proceso de toma de



decisiones sobre las inversiones de remesas colectivas plantea la pregunta: ¿quién representa a los no migrantes?, ¿quién decide por ellos? Por ejemplo, ¿van a invertir en obras de interés de los migrantes, obras que disfrutaran ellos mismos en sus visitas anuales, o van a priorizar obras que impactan más en la vida cotidiana de los no migrantes? No es por casualidad que las relaciones entre los presidentes municipales y las asociaciones de migrantes a veces estén atravesadas por tensiones.

*Cuarto dilema: ¿qué tan difícil es articular los retos de la migración y el desarrollo?*⁵

Desde el lado de la migración, los que están trabajando las famosas remesas productivas apenas están viendo las inversiones desde la óptica de la factibilidad económica, sin hablar de la cohesión de los actores sociales en las comunidades de origen. En cambio, desde el lado del desarrollo, los que están luchando para defender la sostenibilidad de la producción familiar y sus empresas sociales asociadas, apenas están tomando en cuenta cómo la migración los impacta. Claro que ven este fenómeno todos los días, pero no quiere decir que han adaptado sus estrategias. Podríamos tener una visión autogestiva muy sofisticada, rescatando lo mejor de Chaianov sobre la lógica de las unidades productivas familiares (Chaianov, 1974), pero si la migración sigue siendo considerada como un factor externo al modelo implícito de los procesos de toma de decisión familiar, este modelo ha quedado rebasado.

Una opción sería pensar más estratégicamente en términos de las opciones reales que los jóvenes enfrentan. Hay una iniciativa sumamente creativa en la Sierra Juárez de Oaxaca, encabezada por la Alianza Juvenil Serrana, que se formó dentro de las filas del sector Zoogocho, una coalición regional de autoridades municipales. La Alianza Juvenil está promoviendo el diálogo entre jóvenes y con las autoridades para imaginar futuros diferentes en un contexto de expectativas también diferentes. Están enfrentando el reto de imaginar opciones viables no sólo ante la migración, sino, además, de entablar un diálogo incluyente que podría animar, en el mediano plazo, el retorno de al menos algunos de los jóvenes que de todos modos se van a ir (Berg, 2005). Queda, sin embargo, la pregunta: ¿qué tanta apertura habrá entre quienes se quedan ante la idea de la membresía comunitaria a larga distancia? En Oaxaca hay de todo, desde autoridades muy flexibles hasta otras muy estrictas, quienes dictan la sentencia de la llamada «muerte cívica» a los ciudadanos que no regresan cuando los convocan.

⁵ Hay una iniciativa que pretende tender puentes entre investigadores interesados en el tema. Véase www.migracionydesarrollo.org.



Hablar de la apertura hacia el regreso en el mediano plazo tiene que ver con el desarrollo comunitario, porque podría implicar un regreso con destrezas, capital y ganas para aportar a su comunidad de origen. No es fácil saber que otras organizaciones sociales y cívicas, en el campo, están convocando al diálogo público para tratar a los jóvenes no sólo como actores, sino como potenciales actores colectivos, ante las fuertes presiones estructurales expulsoras.... pero son pocas.

Para terminar este punto, conviene señalar un concepto relacionado que surgió de una serie de conversaciones triangulares entre tres clases de derechos, el derecho al desarrollo, los derechos humanos y los derechos de los migrantes. Se trata del derecho a no migrar (Bartra, 2003). Este derecho actualiza el artículo 123 constitucional y su garantía del derecho al «trabajo digno y socialmente útil».

La idea del derecho a no migrar parece sumamente ventajosa, no sólo como posible consigna, sino también como un concepto «puente» que sirve para promover la reflexión y diálogo entre actores diversos, a veces dispersos, que ven diferentes caras del mismo proceso: el del desmantelamiento de las bases de la producción familiar en el campo mexicano. En este contexto, el derecho de no migrar reconoce que, aunque la migración es una opción, es una opción tomada dentro de un contexto impuesto por las políticas públicas. Inclusive la frase «política migratoria» es hasta cierto punto engañosa, porque suele limitarse a políticas que atienden a los migrantes, cuando debería abarcar, asimismo, a todas las políticas públicas que fomentan la migración. Lo cual nos lleva al quinto y último dilema.

Quinto dilema: ¿las políticas hacia el campo podrían crear opciones ante la migración en una escala suficiente como para hacer la diferencia?

Las iniciativas que intentan frenar la migración son muy variadas, algunas enfatizan más la producción, otras la comercialización, otras las finanzas populares, pero casi todas comparten una característica: son de una escala micro. Además, los montos de los programas públicos son todavía pequeños en comparación con las políticas públicas reales.

Pero, ¿qué pasaría con un cambio a futuro en la correlación de fuerzas a nivel nacional? Imaginemos un escenario en donde la Presidencia y una mayoría en el Congreso pasan a autoridades que reivindican el derecho de no migrar.

Para terminar, la idea principal aquí es que la sociedad civil migrante existe, con sus diversas vertientes y expresiones. Por supuesto, los participantes activos son una minoría, tal vez una minoría pequeña de la población migrante, pero uno podría decir lo mismo sobre la participación activa en cualquier sociedad civil, salvo en momentos históricos excepcionales. Lo interesante, y poco conocido, es que la acción colectiva se da, que a pesar de tantos obstáculos, los migrantes organizados están ocupando espacios públicos en Estados Unidos. Algunos migrantes se incorporan en las organizaciones estadounidenses de la clase obrera migrante



multinacional y multiétnica. Otros se incorporan en organizaciones comunitarias y religiosas. En la expresión más conocida en México, se forjan asociaciones que se constituyen en la extensión estadounidense de la sociedad civil mexicana.

Sin embargo, entre los migrantes faltan puntos de encuentro que den juego a estas diversas expresiones de acción colectiva, al tiempo que escasean puntos de encuentro con posibles contrapartes sociales, civiles y políticas en México. Quedan pendientes los procesos de conocimiento mutuo y la identificación de agendas comunes. Faltan todavía los debates necesarios para llegar a acuerdos en torno a posibles objetivos compartidos, entre los actores sociales del mundo migrante y del mundo rural en México. Si el todo es más que la (mera) suma de sus partes, aún no queda claro cómo estas partes se van a juntar. Pero la migración está para quedarse, así que el reto da para largo.

BIBLIOGRAFÍA

- BADA, Xóchitl (2004), «Reconstrucción de identidades regionales a través de proyectos de remesas colectivos: la participación ciudadana extraterritorial de comunidades migrantes michoacanas en el área metropolitana de Chicago», en Guillaume Lanly y M. Basilia Valenzuela (comps.), *Organizaciones de Mexicanos en Estados Unidos: la política transnacional de la nueva sociedad civil migrante*, Mexico, Universidad de Guadalajara.
- BARTRA, Armando (2003), *Cosechas de ira: Economía política de la contrarreforma agraria*, México, Ed. Ithaca, Instituto Maya.
- BERG, Leia (2005), «Imaginando un mejor futuro para los pueblos del Sector Zoogocho y sus ciudadanos: la voz y la participación de la juventud», Universidad de California, Santa Cruz, Depto. de Estudios Latinoamericanos y Latinos.
- CANO, Arturo (2005), «Los indios sin fronteras: el camino del FIOB y su apuesta por el desarrollo», en *Masiosare*, no. 380, 3 de abril.
- CHAIANOV, Aleksandr V. (1974), *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- COUTIN, Susan B. (2000), *Legalizing Moves: Salvadoran Immigrants' Struggle for U.S. Residency*, Ann Arbor, Univ. of Michigan Press.
- DE GENOVA, Nicolas y Ana Y. Ramos-Zayas (2003), *Latino Crossings: Mexicans, Puerto Ricans and the Politics of Race and Citizenship*, New York, Routledge.
- DEPARTMENT OF LABOR (2005), «Findings from the National Agricultural Workers Survey (NAWS 2001–2002): A Demographic and Employment Profile of the United States Farm Workers», Reporte no. 9, junio 7, <http://www.dol.gov/asp/programs/agworker/report9/toc.htm>.
- ESCALA Rabadán, Luis y Carol Zabin (2002), «Mexican Hometown Associations and Mexican Immigrant Political Empowerment in Los Angeles», en *Frontera Norte*, no. 27.



- ESPINOSA, Víctor (1999), *The Illinois Federation of Michoacan Clubs: The Chicago–Michoacán Project Report*, Chicago, Heartland Alliance for Human Needs & Human Rights, septiembre.
- FINE, Janice (2005), «Community Unions and the Revival of the American Labor Movement», en *Politics and Society*, marzo, 33, pp. 153–199.
- FOX, Jonathan (1996a), «La política en la nueva economía campesina mexicana», en Maria Lorena Cook, Kevin J. Middlebrook y Juan Molinar (comps.), *Las dimensiones políticas de la reestructuración económica*, México, Cal y Arena.
- _____ (1996b), «How Does Civil Society Thicken? The Political Construction of Social Capital in Rural México», en *World Development*, 24(6), pp. 1089–1103, junio.
- _____ (1999), «Opciones electorales nacionales en el México rural», en Laura Randall (comp.), *Reformando la Reforma Agraria Mexicana*, México, UAM, El Atajo.
- _____ (2004), «Indigenous Mexican Migrant Civil Society in the US», presented at the Latin American Studies Association, Las Vegas, Nevada, oct. 6–9.
- _____ (2005), «Unpacking Transnational Citizenship», en *Annual Review of Political Science*, vol. 8.
- FOX, Jonathan y Gaspar Rivera–Salgado (comps.) (2004), *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*, México, Editorial Miguel Ángel Porrúa, Universidad Autónoma de Zacatecas.
- GAMMAGE, Sarah (2004), «Exercising Exit, Voice and Loyalty: A Gender Perspective on Transnationalism in Haiti», en *Development and Change*, 35(4), pp. 743–771.
- GOLDRING, Luin (2002), «The Mexican State and Transmigrant Organizations: Negotiating the boundaries of Membership and Participation», en *Latin American Research Review*, 37(3).
- GONZÁLEZ Amador, Roberto (2005), «En lo que va del sexenio emigraron a Estados Unidos 400 mil personas al año», en *La Jornada*, 15 de abril.
- HARWOOD, John (2005), «Washington Wire», en *Wall St. Journal*, 20 de mayo, p. A4.
- HIRSCHMAN, Albert O. (1970), *Exit, Voice and Loyalty*, Cambridge, Harvard University Press.
- HUÍZAR Murillo, Javier e Isidro Cerda (2004), «Migrantes Indígenas Mexicanos en el censo de los Estados Unidos del año 2000: Hispanos Indioamericanos», en Jonathan Fox y Gaspar Rivera–Salgado (comps.), *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*.
- KANDELL, William and John Cromartie (2004), *New Patterns of Hispanic Settlement in Rural America*, Washington, D.C., Dept. of Agriculture, Economic Research Service, mayo, <http://www.ers.usda.gov/publications/rdr99>.
- KISSAM, Ed e Ilene Jacobs (2004), «Estrategias prácticas de investigación para las comunidades indígenas mexicanas en California que buscan afirmar su identidad», en Jonathan Fox y Gaspar Rivera–Salgado.



- LANLY, Guillaume y M. Basilia Valenzuela (comps.) (2004), *Organizaciones de Mexicanos en Estados Unidos: la política transnacional de la nueva sociedad civil migrante*, Mexico, Universidad de Guadalajara.
- MACDONALD, J.S. (1963), «Agricultural Organization, Migration and Labour Militancy in Rural Italy», en *The Economic History Review*, New Series, 16(1), pp. 61–75.
- MARTÍNEZ Saldaña, Jesús y Raúl Ross Pineda (2002), «Suffrage for Mexicans Residing Abroad», en David Brooks y Jonathan Fox (comps.) *Cross–Border Dialogues: US–Mexico Social Movement Networking*, La Jolla, University of California, San Diego, Center for US–Mexican Studies.
- MOCTEZUMA Longoria, Miguel (2005), «Transnacionalismo, Agentes y Sujetos Migrantes. Estructura y niveles de las asociaciones de mexicanos en Estados Unidos», ponencia presentada en el Seminario Problemas y Desafíos de la Migración y Desarrollo en América, Red Internacional de Migración y Desarrollo, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM y CERLAC, Cuernavaca, 7–9 de abril.
- MUTERSBAUGH, Ted (2002), «Migration, Common Property and Communal Labor: Cultural Politics and Agency in a Mexican Village», en *Political Geography*, 21, junio.
- _____ (2004), «Serve and Certify: Paradoxes of service work in organic coffee certification», en *Environment and Planning D, Society & Space*, 22.
- NAGENGAST, Carole y Michael Kearney (1990), «Mixtec Ethnicity: Social Identity, Political Consciousness and Political Activism», en *Latin American Research Review*, 25(2).
- OMI, Michael y Howard Winant (1994), *Racial Formation in the United States. From the 1960s to the 1990s*, New York, Routledge.
- PASSELL, Jeffrey (2005), «Estimates of the Size and Characteristics of the Undocumented Population», Washington, DC, Pew Hispanic Center, 21 de marzo, <<http://pewhispanic.org/reports>>.
- RIVERA–SALGADO, Gaspar y Luis Escala Rabadán (2004), «Identidad colectiva y estrategias organizativas entre migrantes mexicanos indígenas y mestizos», en Jonathan Fox y Gaspar Rivera–Salgado.
- RIVERA Sánchez, Liliana (2004), «Inmigrantes mexicanos en Nueva York: construyendo espacios de organización y pertenencia comunitaria», en Jonathan Fox y Gaspar Rivera–Salgado.
- ROBLES, Sergio (2004), «Migración y retorno en la Sierra Juárez», en Jonathan Fox y Gaspar Rivera–Salgado.
- ROSS Pineda, Raúl (2001), *Derechos Políticos de los Mexicanos en el Extranjero*, México, s. n.
- SANTA Ana, Otto (2002), *Brown Tide Rising: Metaphors of Contemporary American Public Discourse*, Austin, University of Texas Press.
- STEPHEN, Lynn (2004), «Campesinos mixtecos en Oregon: trabajo y etnicidad en



sindicatos agrícolas y asociaciones de pueblos», en Jonathan Fox y Gaspar Rivera-Salgado.

TAFOYA, Sonya (2003), «Latinos and Racial Identification in California», en *California Counts*, 4(4), mayo, Public Policy Institute of California, <http://www.ppic.org/main/publication.asp?i=421>.

ZÚÑIGA, Víctor y Rubén Hernández-León (comps.) (2005), *New Destinations: Mexican Immigration to the United States*, New York, Russell Sage.